



José María Aznar, durante la entrevista con EL ESPAÑOL. Foto: Carmen Suárez

ENTREVISTA CON EL EXPRESIDENTE (I)

Aznar: "Sánchez no dialoga con separatistas, sino con golpistas. Es un error gravísimo"

"El golpe de Estado no ha sido desmantelado. ¿Alguien se puede imaginar que después del 23-F los golpistas fueran capitanes generales?"

"Calificar a lo que hay ahora como 'Gobierno' es un acto de generosidad"

"Sánchez debería aplicar el artículo 155 con todas sus consecuencias. ¿Cuánto tiempo? El que sea necesario"

7 octubre, 2018

[Pedro J. Ramírez](#) [Ana I. Gracia](#)

José María Aznar (Madrid, 1953) recibe a EL ESPAÑOL en su despacho de la sede de la Fundación Faes, ubicada a orillas del madrileño parque de El Retiro, para compartir con nuestros lectores las recetas que él aplicaría de forma inmediata para parar el "golpe de Estado" que "no ha sido desarticulado" en Cataluña. Para frenar en seco al secesionismo, pide al presidente **Pedro Sánchez** convocar inmediatamente elecciones generales porque las instituciones catalanas "están tomadas por los golpistas" que, además, "apoyan al Gobierno de España y lo condicionan". Un hecho "insólito" en la historia reciente de España. Si el actual jefe del Ejecutivo opta por no disolver las Cortes, pide la aplicación inmediata del artículo 155 como solución a corto plazo.

El expresidente del Gobierno está a punto de publicar su último libro, *El futuro es hoy* (Ediciones Península), con el que intenta explicar, a través de su propia experiencia, cómo ha cambiado el mundo en general y España en particular. Para aquellos que aún le piden que dé un paso al frente, lanza una advertencia: su vida en la política "ha terminado para siempre".

Empecemos por la antepenúltima línea de su libro. ¿Está en peligro la continuidad histórica de España?

Está en riesgo. Desde el momento en el que la discusión principal del país recae sobre la secesión, sobre quién es el sujeto de la soberanía, sobre el ente soberano o, incluso, sobre la existencia de una nación española, eso quiere decir que la continuidad de la nación española está en riesgo. La secesión pone en riesgo su continuidad histórica.

Pero, ¿sería verosímil un proceso de destrucción de un Estado nación tan antiguo como el nuestro dentro del paraguas de la Unión Europea?

Teóricamente puede parecer inverosímil, pero si no se hace nada por evitarlo puede ser una realidad. Por eso hay que hacer lo que hay que hacer para que no sea posible. En mi opinión, la gran responsabilidad de esta generación -de la Corona, que la ha cumplido bien; de los líderes políticos actuales- es conjurar el riesgo de la discontinuidad histórica de España, que sería su fin.

En el marco de la Unión Europea puede parecer inverosímil, pero hay que tener en cuenta que la UE también está puesta en cuestión. La Unión Europea es, sin duda, un marco de garantía y estabilidad, pero la tarea doméstica es la tarea esencial. Si tú no defiendes la continuidad de una nación, ¿por qué te la van a defender los demás?

Desde esta perspectiva, ¿qué reflexión le merecen los hechos que han ocurrido esta semana en Cataluña?

Es la continuidad de lo que estamos viviendo. Ha habido un golpe de Estado que no ha sido desarticulado. El movimiento separatista que apoya el golpe de Estado continúa ejerciendo sus funciones, no ha sido desmantelado. Y, en consecuencia, lo que ha pasado esta semana es un paso más en el ejercicio de un golpismo que está en el poder en Cataluña, que apoya al Gobierno de España y lo condiciona.

Vivimos una circunstancia absolutamente insólita, porque puede haber golpes ganadores o golpes perdedores. Pero que haya un golpe que no ha sido desarticulado y que los golpistas no sólo ganan las elecciones en ese territorio, sino que además condicionan y pactan con el Gobierno de España, es una cosa absolutamente insólita. Históricamente, es difícil encontrar una situación como esta.

En el aniversario del 1-O, el presidente de la Generalitat insta a los CDR en una declaración pública a "apretar" y por la tarde se produce una escalada de violencia. ¿Cómo es posible que hayan transcurrido varios días desde entonces y no haya ocurrido nada ni en el ámbito político ni en el jurídico?

La oposición ha pedido responsabilidades y comparecencias, que es lo que tiene que hacer. Desde el punto de vista gubernamental no puede ocurrir nada porque estamos hablando de los socios de Gobierno, que es una cosa insólita. Pero la incitación a la violencia por parte del formalmente presidente de la Generalitat de Cataluña, que constitucionalmente es una institución del Estado, que constitucionalmente recibe su legitimidad de la Constitución y del Estatuto de autonomía, es un acto que justifica sobradamente la intervención del Gobierno. Y el Gobierno no interviene, con lo cual se hace cómplice de la situación.

Como expresidente del Gobierno, ¿qué cree que debería hacer el presidente Pedro Sánchez?

Sin ninguna duda aplicar el artículo 155 con todas sus consecuencias, pero no limitadamente para convocar elecciones. Se aplica el artículo 155 y se establece una política destinada a la desarticulación del golpe de Estado. ¿Cuánto tiempo? El que sea necesario.

Considera entonces que fue un error vincular la aplicación del artículo 155 a la convocatoria casi inmediata de elecciones.

El artículo 155 se debía haber aplicado antes y no se debía haber convocado elecciones. Se debía haber aplicado antes y se debía haber aplicado completamente. Es evidente que, si en esa situación uno convoca elecciones, la masa secesionista no se va a convertir en constitucionalista en un mes. Eso no va a pasar. Por lo tanto, convocar elecciones es legitimar una posición que está fuera de la ley y que se ha declarado fuera de la ley. Por eso creo que convocar elecciones fue un gravísimo error.

En la página 214 de su libro asegura que un error persistente que hoy aparece en la política española consiste en "hacer del diálogo una alternativa al cumplimiento de la ley". ¿Cree que ese diálogo con los separatistas debería interrumpirse?

No solamente es un diálogo con los separatistas, es un diálogo con los golpistas. Y forma parte de otro proceso insólito: no se puede dialogar con los golpistas. Dialogar es ir circulando a orillas de la ley. Y lo que hay que restablecer muy claramente es el orden constitucional, la supremacía de la ley. Hay que decir que nadie está por encima de la ley, hay que aplicar el Estado de derecho y hay que aplicar los preceptos constitucionales que sean necesarios. Yo creo que el diálogo con los golpistas es un error gravísimo. ¿Alguien se puede imaginar que después del 23-F los golpistas fueran los jefes del Jemad o capitanes generales? No tiene ningún sentido.

Teniendo en cuenta cuál es la correlación de fuerzas, ¿no debería primero Pedro Sánchez disolver las Cámaras y que fuera un Gobierno con un mandato suficiente el que aplicara esas medidas políticas en Cataluña?

Si me pregunta qué habría que hacer, hay que convocar elecciones. Pero habría que no haber hecho algunas otras cosas. No se tuvo que haber formado este Gobierno con el apoyo de los radicales de Podemos y con los golpistas, es decir, con los que quieren romper el orden constitucional y con los que quieren romper España. Ya que está hecho, el Gobierno actual tiene que cumplir con unas obligaciones que no está cumpliendo. Por lo tanto, lo deseable sería la convocatoria de elecciones cuanto antes. Y, naturalmente, que el Gobierno tuviese un mandato muy claro y pidiese a los ciudadanos un mandato muy claro para afrontar esta situación. Porque mientras no se resuelva, España va a estar encallada políticamente y se acabará encallando económicamente también. Con este panorama, hablar de política internacional española es absurdo.

En la presentación de la biografía de Miguel Maura hizo un paralelismo entre lo que está ocurriendo en España y la revolución de 1934. Si no se disuelven las Cámaras, ¿no corremos el riesgo de que las próximas generales sean unas elecciones en las que de nuevo se enfrenten las dos Españas como en febrero del 36?

Puede ir en esa dirección y eso es lo que hay que evitar. Por eso reivindicó la Transición y digo que hay que recuperar su espíritu en torno a las dos grandes quiebras que ha tenido. Pero hay que ir por orden. Primero hay que restablecer el orden constitucional, la supremacía de la ley. Y eso no corresponde sólo a la Justicia, también a la acción política y a las instituciones, que tienen que actuar. Las instituciones en Cataluña están tomadas por los golpistas. Y otra institución básica, el Gobierno de la Nación, recibe el apoyo de los golpistas. Así que cuanto antes haya elecciones generales, evidentemente, mucho mejor.

Pero hay que ir con una propuesta muy clara para que los españoles den ese mandato. En mi opinión, el movimiento político más poderoso que ha surgido en España, con mucha diferencia, fue la reacción que se produjo hace un año ante la secesión en Cataluña, y que, en gran medida, fue encarnado por el Rey. Ese movimiento político se ha dilapidado, pero se puede recuperar. Ese es el éxito político para la España del futuro: recuperar ese proyecto que agrupaba a españoles de muchísimas tendencias. No hay cuestiones sociales ni jerárquicas ni diferencias entre comunidades autónomas. Todo fue en la misma dirección.

Ese es el movimiento político que ha existido en este país en décadas, y desperdiciar ese caudal es un disparate. Ahora, lo que está ocurriendo es que se está desperdiciando ese caudal en favor de la nación española, en favor de la Constitución y en favor de la libertad. Todo eso ha sido sustituido por esta política de diálogo con los golpistas.

Probablemente ese caudal se empezó a dilapidar en el momento en el que se identificó el 155 con la convocatoria de unas elecciones autonómicas.

Sí, pero luego todo se ha ido dilapidando. El problema es que todas estas políticas sólo conducen al debilitamiento de la desarticulación de los movimientos nacionales e invitan a una parte de la población a acomodarse porque están viviendo un proceso de secesión y, al

mismo tiempo, una especie de legalidad paralela. Pero la gente tiene que resolver los problemas de su vida cotidiana.

Es lo que usted llama deslizamiento.

Claro. Si no notan un respaldo muy fuerte detrás, el riesgo es que se acaben acomodando a una situación absolutamente indeseable. Pongo un ejemplo: ¿cuál es la situación de los partidos constitucionalistas en el País Vasco? ¿Cuál ha sido la consecuencia de la política del diálogo, de la legalización de Batasuna? La desarticulación de los movimientos constitucionalistas. Todo aquel formidable movimiento ciudadano que se levantó se ha perdido, no existe. ¿Y qué suman hoy los supuestos partidos constitucionalistas? No llegan ni a la suma de lo que tenía en 2001 Jaime Mayor Oreja: 19 diputados. ¿Cuántos tienen ahora: 12, 13 diputados? Es una situación marginal.

El ministro de Fomento, José Luis Ábalos, ha dicho esta semana, en relación con Cataluña, que estamos mejor que hace un año. ¿Cree que es verdad?

Yo creo que no. Claramente estamos peor porque no hemos resuelto un golpe de Estado.

Y, entre tanto, el nivel de deterioro. Usted mismo califica este Gobierno como un gobierno frentepopulista.

Creo que es un Gobierno frentepopulista. Eso es bastante generoso por mi parte. Pero hay una diferencia: creo que estamos al borde de un no Gobierno. Calificar a lo que hay ahora como *Gobierno* es un acto de generosidad. Es imposible que nadie pueda creer que situaciones como esta, de insurrección permanente, no afecten a la credibilidad institucional. Afectan gravemente a la vitalidad de las instituciones y a la credibilidad del Estado. ¿Cómo no van a afectar? Si se está viendo que no se actúa cuando se transgrede la ley o que el Gobierno no actúa cuando tiene que actuar.



Aznar en su despacho de la Fundación Faes, donde tuvo lugar la entrevista. Foto: Silvia P. Cabeza

Pero, a la vez, Pablo Iglesias califica de extrema derecha a Pablo Casado y a Albert Rivera. ¿No siente el vértigo de que pueda estar abriéndose el abismo de las dos Españas?

No. Lo que siento es que ese caudal de la Nación española no se ponga en marcha. Eso es lo que me preocupa, mucho más que las amenazas de Pablo Iglesias.

Hace dos años, el PSOE patrocinó un proyecto que vinimos a llamar el Pacto del Abrazo, una alianza con Ciudadanos. ¿Cómo se ha pasado en sólo dos años de un escenario que podía parecer centrípeto a otro de confrontación entre extremos?

El poder llama mucho, tiene unas atracciones espectaculares, que hace cambiar de alianzas. Probablemente pensaron que no iban a poder llegar al poder, que iban a ser actores secundarios, y eligieron el escenario de la radicalidad. No es la primera vez. El PSOE, en la época de José Luis Rodríguez Zapatero, decide jugar a la radicalidad. Aquella fue la primera vez que la política española no se decide en el centro político, sino por la actuación de los

extremos. Ahora estamos exactamente en lo mismo, con la gravedad de que en los extremos está hoy el radicalismo secesionista.

Lo que se vivió ayer [por el 1-O] en Cataluña es también una expresión de la lógica de esos movimientos, que se sabe cómo empiezan: los supuestamente nacionalistas moderados se convierten en secesionistas y ahí empieza la radicalidad. Ahora estamos en que los radicales se entregan a los violentos. Eso ya lo conocimos en el año 34.

En la página 169 de su libro dice que "después de lo ocurrido en Cataluña, en su momento en el País Vasco, no caben sobreentendidos en la relación con los nacionalistas. No podemos confiar en la buena fe ni en el mantenimiento de un mínimo de lealtad hacia la Constitución". Usted propugna el 155 como solución inmediata pero, ¿no habrá que cambiar las reglas del juego para impedir que los que no pueden ser fiables desde el punto de vista de la lealtad institucional tengan un papel crucial?

Sí, por eso debemos reforzar el Estado, reforzar la Nación española y, evidentemente, restablecer la legalidad desde el comienzo. Y mandar un mensaje político muy claro: se ha quebrado el pacto de la lealtad y el juego se terminó. Los excesos que se han cometido tienen que ser corregidos. Alguien tiene que decir a los secesionistas catalanes: se acabó. Y a los nacionalistas vascos: se acabaron las políticas de chantaje, se acabaron las políticas de condicionamiento. Punto. Y eso lo tienen que hacer partidos políticos nacionales, porque en España nadie puede decir que haya habido un defecto de diálogo con los partidos nacionalistas. Probablemente haya habido un exceso de diálogo. Nadie puede decir que no haya habido un esfuerzo de integración. Es decir: los partidos nacionales se han convertido en un problema por sus debilidades internas. Pero ni la Constitución es un problema ni la Constitución es el problema, sino que la Constitución es y tiene que ser la solución. Por lo tanto, si recuperamos partidos nacionales con credibilidad, esa es la tarea más importante que tienen.

Usted tuvo una conversación con Manuel Valls, que acaba de anunciar su candidatura a la alcaldía de Barcelona. ¿Qué le parece su proyecto?

He tenido varias conversaciones con él. Me parece una magnífica persona y creo que su disponibilidad en estas circunstancias no deja de ser un poco llamativa. No sé el recorrido que va a tener. El PP ya ha dicho que no va a participar en esa candidatura.

¿Es un acierto?

Es una decisión inevitable por parte del PP. Me da la sensación de que el Partido Popular necesita candidato en este período de reconstitución. Renunciar no hubiese sido bueno estratégicamente para el PP. Otra cosa muy distinta es que luego se convenga lo que haya que convenir.

Si Pablo Casado le pide que se implique más activamente en la política española, ¿lo hará?

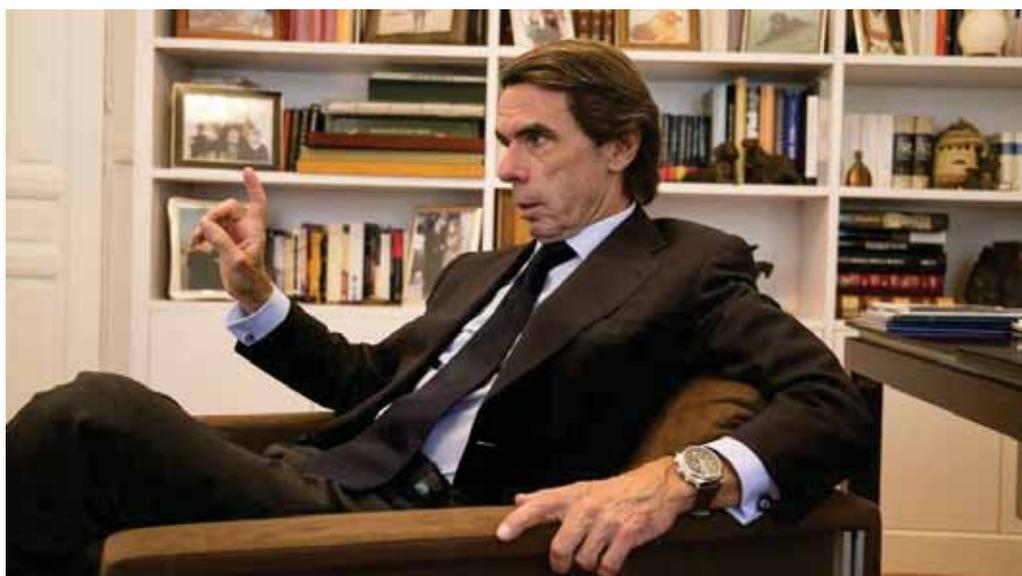
Voy a ayudar a Pablo Casado en lo que él me pida. En las circunstancias que he hablado antes, pero eso de participar en campañas electorales no, no, no. Si Pablo Casado me pide, que me lo ha pedido, que vaya a la convención de reconstitución fundacional del PP, iré con mucho gusto. Otra cosa distinta es empezar a hacer campañas electorales. Yo voy a estar donde estoy.

Para usted entonces la vida política se ha terminado.

Se ha terminado.

¿Para siempre?

Para siempre.



José María Aznar, durante la entrevista con EL ESPAÑOL. Foto: Carmen Suárez

ENTREVISTA CON EL EXPRESIDENTE (II)

Aznar: "Casado y Rivera tienen la tarea histórica de garantizar la continuidad de España"

"Pablo Iglesias no mira a los ojos cuando habla. Abunda en caracteres picarescos y está sobrevalorado en la política española".

"España ganaría mucho si pudiese dedicar algún tiempo a analizar el 11M".

"No tiene sentido que vuelva a ser presidente de honor del Partido Popular".

7 octubre, 2018

[Pedro J. Ramírez](#) [Ana I. Gracia](#)

En esta profunda y reposada conversación con EL ESPAÑOL, **José María Aznar** (Madrid, 1953) se muestra extremadamente pesimista con la inacción del Ejecutivo de **Pedro Sánchez** ante el golpe separatista y cree que esta situación "solo se puede enderezar" desde el espacio del centroderecha. El expresidente del Gobierno, retirado ya de la vida política activa, pide a los dirigentes actuales, **Pablo Casado** y **Albert Rivera**, que tomen conciencia de "la magnitud" de la tarea histórica que tienen por delante para que España no deje de ser nunca lo que fue.

La noche de su mayoría absoluta, en el año 2000, usted me dijo: "Hoy se ha terminado la Guerra Civil como argumento político". Dieciocho años después, parece que es mejor ensayista que profeta porque estamos con la exhumación de Franco, con el futuro del Valle de los Caídos y se acusa a Casado y a Rivera de ser franquistas.

Es curioso que eso lo protagoniza una generación que ni hizo la guerra ni padeció la posguerra. Es una buena pregunta porque, probablemente, la crisis económica vivida desde el año 2008 tiene algo que ver con ello. Y probablemente la falta de reacción de las democracias a lo que significa la revolución actual tiene mucho que ver. Por otra parte, la falta de convicciones y de ideas entre los partidos tradicionales de España, también.

De todas maneras, aunque se intente volver a esa dinámica no creo que se logre, porque quiebra un pacto que llegó antes. Es verdad que la izquierda española acepta muy mal la mayoría absoluta del año 2000 porque piensa que eso es suyo. Pensaban que el gobierno del PP era un paréntesis y cambiamos la mayoría social de España. Es decir, aquello que se decía de que España era un país de centro izquierda no era verdad. España era de izquierdas, pero se convirtió en un país de centroderecha.

Si se mira incluyendo la crisis del 2008 y el impacto que tuvo en España, si se compara con otros países, España es un país en el que han pasado relativamente pocas cosas desde el punto de vista de conflictividad social. Lo que ha pasado es la secesión.

En España hay un espacio moderado enormemente extenso, mucho más de lo que la gente se piensa. Y ese espacio bien organizado es capaz de recoger ese caudal. Ahora, que algunos radicales quieren volver a la Segunda República, ya se sabe. Que quieren volver a la Guerra Fría, ya se sabe. Que esos sean los nietos de aquellos que pelearon y se reconciliaron en la Transición es una cosa insólita. Que solo puedan vender eso, tampoco dice mucho de la trayectoria intelectual de la izquierda.

Intelectualmente, la izquierda es un páramo total. Y solamente plantea estas cosas para intentar sacar la cabeza.

¿El PSOE de Sánchez es recuperable para la causa de la estabilidad constitucional?

Yo quiero pensar que sí es recuperable, pero desde luego no con estas políticas y no con estas personas. Con lo cual, es una complicación. Yo ahí no pongo ninguna esperanza. Sólo se puede enderezar esta situación desde el espacio del centroderecha. Por eso es muy importante que los dirigentes del centroderecha español hoy, Pablo Casado y Albert Rivera, se den cuenta de la magnitud de la tarea histórica que tienen por delante y de lo que deben hacer.

Creo que los dos son muy sensibles en cuanto a lo que significa la Nación española y su continuidad histórica. Podrán competir por ver quién se queda con la primacía, pero en algún momento la refundación del centroderecha, planteada desde el punto de vista de la estabilidad democrática de España y del futuro democrático de España, tendrá que ponerse encima de la mesa. La refundación del PP es sólo una parte de la reconstrucción del centroderecha en España.

Pero usted mantiene que, sin los secesionismos nacionalistas del País Vasco y Cataluña, el populismo español sería una broma. Bueno, una broma que anda en el 16%, en el 18% y el 19% de intención de voto.

Sí, pero su principal amenaza viene por su complicidad con el movimiento secesionista. Yo creo que por sí solo ese populismo tiene un recorrido limitado en España. Dice usted que puede tener el 15% de los votos. Dependerá de cómo evolucionen otras fuerzas de izquierdas, en este caso el Partido Socialista. Pero no tiene más recorrido.

Dice en su libro que Felipe González y Mariano Rajoy recibieron "dos cheques en blanco". También hubo un tercer cheque en blanco: el que recibió usted en el año 2000.

No, porque yo me lo gané, que es distinto, después de una acción de Gobierno. A mí no me dan un cheque en blanco en 1996, me dan una mayoría en el año 2000 porque ha habido un período anterior que se valora positivamente.

A González le dan un cheque en blanco en 1982. Históricamente tiene su sentido: es la primera vez que la izquierda gobierna desde hace muchas décadas. Otra cosa distinta es el juicio de cómo se utilizó, pero era un cheque en blanco de 202 diputados. Que había que

entrar ahí como yo entré, ver a los 202 diputados juntos y compararlos con lo pequeñitos que éramos nosotros con 105 escaños. Duró 13 o 14 años. Las cosas tienen su recorrido histórico. Mariano Rajoy recibió también un cheque en blanco por la crisis económica y los errores de Zapatero. Los socialistas tenían la tarea de normalizar la Transición y la europeización de España. Al PP se le da un mensaje muy claro en el 2011: os damos un cheque en blanco para que enderecéis el rumbo del país, no solamente para que nos saquéis de la crisis económica. Los votantes, para eso, son muy inteligentes.

Mantiene en su libro que "si bien desde el punto de vista económico las cosas han mejorado sustancialmente, es verdad que en el ámbito institucional el balance es muy distinto". Al leer ese párrafo el lector piensa que está a punto de entrar en uno de los pasajes más interesantes del libro, pero usted pone un punto y aparte y habla de otra cosa. ¿Por qué elude hacer balance de los años de Rajoy?

Porque no es el objeto del libro; pero es un hecho sabido que yo advertí al Gobierno de entonces y le di mi opinión de que sacar a España de la crisis económica era un objetivo muy importante. Pero el tema político que teníamos delante era todavía mucho más importante: el tema catalán, que iba a estallar. En aquel entonces no se consideró lo que iba a suceder y se concentraron todos los esfuerzos, donde se hicieron enormes méritos, en el tema económico, con buenas decisiones. En cambio, hubo una falta de acción política que ha tenido consecuencias negativas.

¿A qué cree que se debió esa falta de acción política?

Probablemente a que no se creía que Cataluña iba a avanzar rápidamente hacia la secesión, como así fue, o no se entendió correctamente cuál era el mensaje de los españoles porque se pensaba que la nave española no se había torcido, sino que sólo estaba azotada por una crisis económica. Yo no tenía esa visión, creía que el rumbo histórico del país se había torcido desde el año 2004 y había que enderezarlo. Ese es el mandato que dieron los españoles y creo que algunos de los problemas que ha tenido el PP nacen justamente de no comprender la totalidad de ese mensaje.

¿La elipsis que hay en el libro a este respecto no será consecuencia de lo mucho que le cuesta aceptar que en el año 2003, al designar a Rajoy como sucesor, se equivocó de persona?

En el año 2003 había mucha gente que pensaba que la persona que me sucedería iba a ser yo; pero no. Ahora sería imposible hacerlo de aquella manera, pero entonces era la primera vez que se hacía. Y había que establecer unas garantías de jerarquía para que funcionasen.

Yo no me refiero al método, sino al fondo de la decisión. A la personalidad de Rajoy.

El PP ha tenido muchos activos, los sigue teniendo. El PP es un partido disciplinado, ordenado, con una militancia muy leal, con sus convicciones, al que le gusta que defiendan sus ideas, y eliges lo que crees que es mejor. Pero eso ya es pasado. Ahora lo importante es que el PP tiene un nuevo líder que significa que la sangría de votos ha terminado, significa que el PP puede recuperar la supremacía del espacio de centroderecha y significa que el PP va a competir por ser el partido más votado en las próximas elecciones generales.



Aznar en su despacho de la Fundación Faes durante la entrevista. Foto: Silvia P. Cabeza

Entonces, usted ve el triunfo de Pablo Casado en las primarias como un elemento de continuidad respecto a su propio proyecto político, después de un paréntesis en el que ese proyecto no ha sido aplicado.

Pablo Casado se ha ganado su legitimidad con un mérito extraordinario, a pecho descubierto, en abierta competición con el aparato del partido, en condiciones extremadamente difíciles. Y Pablo no necesita tuteladas, ni tutías, ni sobrinas, ni primas. Necesita concentrarse en lo que está haciendo, que lo está haciendo muy bien. Pero lo que era un espacio totalmente unido en el año 2003 hoy está dividido en tres: PP, Ciudadanos y Vox.

¿Considera que Vox tiene ya fuerza suficiente como para obtener representación parlamentaria?

Tiene una fuerza significativa, limitada, pero la tiene, y ha salido del propio PP, como han salido tres millones de votos del PP hacia Ciudadanos. Eso son hechos, no opiniones. Ese espacio único, que era garantía de estabilidad, ahora tiene que reconstituirse.

¿Qué significa Pablo Casado? Que puede empezar a reconstituir todo eso. Pero para conseguirlo hay que hacer un ejercicio de suma, no de división. De adhesión, que es lo que hizo siempre el PP. Por lo tanto, no generar divisiones en el seno del PP ni en la historia del PP.

Algunos, en las últimas etapas, decidieron que había que enterrar el pasado, que había que hablar del PP viejo, del PP nuevo, del PP de antes, del PP de ahora. Eso fue un error muy grave que desconcertó al electorado y debilitó al Partido Popular de una manera extremadamente fuerte. Pablo es la expresión de la superación de todo eso, y por eso ha generado tanta esperanza.

Da la sensación de que usted está mejorando día a día su percepción de ese PP porque en el libro dice que Ciudadanos tiene un recorrido muy grande "a menos de que cometa errores muy notorios". En cambio, del PP dice que "si evita la centrifugación y recupera el dinamismo... no es un partido desahuciado".

El libro está escrito en junio y ahora la situación es distinta. Sigo pensando que Cs, como partido emergente, puede tener largo recorrido si no comete grandes errores. Pero lo que ha cambiado sustancialmente es la situación del PP, que tiene que intentar recuperar una parte del electorado que está deseando volver al partido.

Pablo Casado inicia una nueva etapa a partir del legado que recibe. Y recibe un centroderecha troceado. Tiene que reconstruir un partido, tiene que recuperar una posición política, ejercer

la oposición y plantear un proyecto de futuro para España. Ese es un esfuerzo muy grande que requiere unas capacidades de liderazgo enormes.

Cuando usted consigue la mayoría absoluta en el año 2000 dice en el libro que era previsible un ciclo prolongado de permanencia del PP en el poder que hubiera trascendido a su propio liderazgo.

Y así quería que fuera.

Pero surge el 11-M. ¿Sigue intentando entender cuál fue el propósito, cómo se gestó aquella masacre? ¿No le parece que debería ser una obsesión colectiva hasta que no estén aclarados todos sus extremos?

Creo que España ganaría mucho si se pudiese dedicar tranquilamente, pacíficamente, algún tiempo a intentar analizar esa situación. Yo sigo pensando, básicamente lo que dije en el Congreso de los Diputados, donde estuve 12 horas hablando. Y sigo pensando lo mismo.



El expresidente posa para EL ESPAÑOL en su despacho de la Fundación Faes. Foto: Carmen Suárez

Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces y usted ha tenido la oportunidad de conversar con muchos dirigentes mundiales. Además, han aparecido nuevos elementos de información.

No tengo nada que añadir. Digo que la reflexión serena sobre esas cosas siempre sería buena para la propia salud del país. Se pueden tener visiones diferentes sobre eso, se puede pensar que hay hechos que faltan por poner encima de la mesa, pero una reflexión sobre esas cosas no vendría mal. Pero eso necesita de las circunstancias políticas que lo permitan.

Hace pocos días tuvo la oportunidad de mantener un cara a cara en el Congreso con Pablo Iglesias. ¿Qué impresión le causó?

La primera, que es una persona que no mira de frente cuando habla, se esconde. Y eso dice muy poco a su favor. Porque probablemente es un síntoma de que él es consciente de que está faltando a la verdad. Y desconfío de las personas que no te miran cuando te hablan.

Lo que le dije el otro día de que es un peligro para las libertades de España lo pienso seriamente. Y que Iglesias está sobrevalorado en la política española también lo creo: está sobrevalorado.

En su libro sostiene que "Podemos carece de personalidades carismáticas y abunda en cambio en caracteres descaradamente picarescos". ¿Se refiere a Iglesias?

Me estoy refiriendo también a Iglesias, sin duda.

También dice: "Lo que no se ve en el horizonte es el surgimiento con posibilidades de ganar de un partido radical, antieuropeo y antisistema". Tal vez de ganar no, pero nunca un partido como Podemos había tenido ni tanta

influencia en las decisiones de un Gobierno ni tantas perspectivas de poder entrar en el Gobierno.

Tampoco nunca había sido presidente del Gobierno la persona que obtiene los peores resultados electorales de su partido por dos veces consecutivas. Que es una cosa que tiene mérito, y lo reconozco. Desgraciadamente, la influencia de Podemos va a ser creciente. Lo cual no quiere decir que sea buena, sino al contrario, quiere decir que es negativa. Pero eso explica todavía más la debilidad de la actual situación.

Ahora que la dirección del PP se ha renovado, ¿reforzará los lazos entre Faes y Génova?

Faes va a seguir siendo independiente, no va a volver a ser una fundación vinculada al Partido Popular, lo cual no quiere decir que no pueda firmar acuerdos de colaboración con el PP. Es lo normal.

¿Aceptaría volver a ser presidente de honor del Partido Popular ahora que ha vuelto a sus esencias?

No, ya no tiene sentido. Era una tradición que había, pero que no hay por qué seguirla. Otra cosa distinta es que los expresidentes del Gobierno puedan tener un sitio donde estar, pero ser presidente de honor no.

¿Y por qué no fue usted el lunes al acto sobre el final de ETA que se celebró en Moncloa?

Porque no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo. Participé en un programa de visitantes iberoamericanos en Faes, por la mañana; inauguré un curso de máster de gestión pública en el Instituto Atlántico y tuve que presentar un libro. No me dio tiempo a todo.

Escribí al embajador de Francia una carta para explicárselo, pero le voy a decir una cosa: ese tipo de actos es bueno consultarlos, no comunicarlos de esa manera. Porque en estos momentos yo tengo una vida muy ocupada, afortunadamente. Y paso muy pocos días en España.

Anunció hace unos días que en las próximas elecciones generales votará al Partido Popular. ¿Eso quiere decir que había dejado de hacerlo?

Yo lo que digo es que ahora voy a votar al Partido Popular.



José María Aznar durante la entrevista con EL ESPAÑOL. Foto: Carmen Suárez

ENTREVISTA CON EL EXPRESIDENTE DEL GOBIERNO (Y IV)

Aznar: “Putin es un líder implacable con las ideas claras y Trump un populista impredecible”

“El debate histórico sobre Irak habría sido más fácil si los hechos hubieran dado la razón a Bush”

“El populismo es contagioso hacia todos los lados. Es como la peste” “Presidí la mayor prosperidad de la Historia de España a base de disciplina presupuestaria, bajada de impuestos y liberalizaciones”

8 octubre, 2018

[Pedro J. Ramírez](#) [Ana I. Gracia](#)

José María Aznar reconoce abiertamente que le preocupan “las dudas que existen en la sociedad americana sobre cuál tiene que ser el papel de Estados Unidos en el mundo”. Él se define a sí mismo como alguien que está “en las antípodas de **Donald Trump**”, un presidente que llegó a la presidencia de EEUU por “unas élites republicanas conformistas y un partido demócrata con un discurso de perdedor”.

El expresidente del Gobierno habla de Europa como “la cooperación de Estados nacionales” y se resiste a que los países de la Unión pierdan toda su soberanía. En esta conversación con EL ESPAÑOL, Aznar defiende de nuevo el papel que desempeñó España en la guerra de Irak durante su mandato al frente del Gobierno y se muestra convencido de que todo “hubiera sido más fácil” si los hechos hubieran dado la razón a la Administración Bush.

En su libro *El futuro es hoy* hace énfasis en la crisis de 2003. En relación con la intervención en Irak, el único error que reconoce es que los promotores de esa intervención creyeron que "iba a generar automáticamente un cambio de carácter democrático en la región".

Y en Irak es un sitio donde desde entonces se vota. Hay elecciones democráticas, con sus limitaciones, pero son respetadas. Y eso generó un efecto que tuvo su expresión en gran medida en las primaveras árabes. ¿Por qué unos pueden votar y otros no? Por lo tanto, eso también se puede mirar de esa manera.

¿También se puede decir que se cometió un error cuando se derribó a Gadafi? Esas cosas son opinables, pero lo que importa esencialmente son dos conceptos: el atlantismo y la presencia de España en ese mundo atlántico, que es el mundo decisivo, y su influencia. Los problemas populistas en Europa empiezan en ese momento, cuando Chirac y Schröder, de acuerdo con Putin, intentan debilitar el vínculo atlántico hasta el extremo. Y esa era una expresión de algo que un atlantista convencido como yo no podía aceptar de ninguna manera.

En ese momento clave también hay que contemplar dos aspectos que se echan de menos en el libro. El primero, la polémica sobre el concepto de guerra preventiva, como factor de desunión en el mundo atlántico. Y el segundo, el hecho de que la intervención se hizo sobre la base de que existían armas de destrucción masiva, cuando los hechos demostraron que no existían.

Pero nosotros no participamos... Dieciocho primeros ministros firmaron una carta de apoyo a la administración norteamericana. Hubo una coalición de 50 países, más que la que hubo en la Segunda Guerra Mundial. Las cosas no fueron fáciles. Para España, por distintas razones, esa expresión de atlantismo era una expresión enormemente conveniente. Esa expresión la sigo manteniendo. De hecho, una de las cosas que me preocupan ahora es ese debilitamiento.

No estoy echándole en cara nada en relación al papel de España. Me refiero al análisis de lo que ocurrió.

De acuerdo, pero nada de eso es explicable sin el ataque a las Torres Gemelas. Eso fue determinante. Cuando se celebra la cumbre de la OTAN en Washington en 1999 costó muchísimo introducir las cuestiones relativas del terrorismo en las resoluciones finales de la cumbre. Porque entonces, poco más de un año antes del atentado de las Torres Gemelas, todavía el terrorismo se veía como algo doméstico que preocupaba a algunos países. Pero todo eso se transforma después del 11-S.

Tú puedes decir ahora que las ciberamenazas, la expansión territorial, vuelven a ser amenazas importantes en el mundo de hoy. Yo creo que una de las reflexiones importantes para una nación que no se hace, es esa: en el mundo de hoy, ¿dónde quiero estar? ¿Qué quiero hacer? Porque estamos sujetos a unos cambios tan vertiginosos que esa reflexión es necesaria.

Insisto: el desenlace en términos históricos del debate sobre Irak habría sido muy distinto si los hechos hubieran dado la razón a la administración Bush...

Históricamente hubiese sido más fácil.

Ahí se acentúa un alejamiento de la opinión pública europea en relación con la política y el liderazgo atlántico.

También se puede entender de otra manera. Digamos que hay dos países que deciden trabajar con Rusia en contra de eso. O dos líderes políticos. Pero el gran cambio sucede cuando, después de la Guerra Fría, la política norteamericana es una política que se transforma en una política de intervención doméstica. Y eso es una trayectoria histórica.

Los Estados Unidos, como potencia dominante, necesitan un orden liberal que promover, que haya más libertad en el mundo, también para salvaguardar el sistema norteamericano. Y se dedican a la promoción de eso. ¿Cometen errores? Pues sí.

Pero soy de los que se preguntan si el mundo de hoy es el mejor de los posibles. ¿Es el mejor de los que ha habido? Pero también si tomas como referencia el siglo XX y esta primera parte del siglo XXI con todos nuestros problemas, ¿es mejor o peor que el mundo de la Primera Guerra Mundial? ¿Mejor o peor que el mundo de la Segunda Guerra Mundial? ¿Mejor o peor que el mundo de los años cincuenta, de las guerras de Corea, de las de Vietnam? No. Yo creo

que el mundo sustancialmente es mejor, lo cual no quiere decir que no tenga muchos problemas.

Ahora, el gran debate es entre el orden liberal y el desafío autoritario. Hemos vuelto a eso. Y eso tiene mucha expresión en problemas de los años 30 que vuelven a reproducirse.

Cuando usted define a Putin como un "enemigo íntimo" trasluce cierta admiración por lo que el presidente supone para Rusia.

Es un líder implacable pero con las ideas muy claras. No es un líder al que le preguntas y lanza un discurso de veinte minutos. Putin te dice: uno, dos, tres, cuatro y cinco. Y estás de acuerdo o en desacuerdo, te parecerá bien o mal, lo compartes o no. Pero tiene sus prioridades claras y marcadas y es implacable.

Desde ese punto de vista, esa claridad y ese liderazgo me parecen más que notables y dignos de reseñar y reconocer. Quien juegue con Putin a otra cosa, está completamente equivocado. El juego de Obama y de Putin era muy desequilibrado, a favor de Putin.

Y ahí están los datos: la presencia de Rusia en Oriente Medio era una cosa impensable hace relativamente poco tiempo. La ocupación por Rusia de Crimea era una cosa a la que no se ha reaccionado, impensable hace poco tiempo. Pero Putin tiene muy claro cuáles son los intereses rusos y no deja de jugar esa partida ni un solo minuto del día.

¿Usted cree que Putin está realmente implicado en la desestabilización de Cataluña?

Putin está interesado en todo lo que sea la desarticulación europea. Esa ha sido una política tradicional rusa y utilizarán las técnicas modernas más apropiadas para intentar desestabilizar la situación en los países que pueda.

Acaba de hacer ese comentario sobre Obama y a lo largo de su libro se ve que la opinión que tiene sobre este presidente de EEUU es manifiestamente mejorable. En cambio, hace dos alusiones a Donald Trump y en ambos casos lo único que dice es que es un hombre "impredecible". ¿No tiene todavía una opinión formada sobre él?

Decir impredecible no es decir poca cosa. No hay nada más alejado del estilo político de Donald Trump que lo que yo pueda tener. Desde ese punto de vista estoy en las antípodas de Trump. Otra cosa distinta es que a mí lo que me preocupa son las dudas que existen en la sociedad americana sobre cuál tiene que ser el papel de Estados Unidos en el mundo y las consecuencias de las políticas de Trump.

Si te asomas a las políticas de Trump desde un punto de vista de un republicano conservador norteamericano, las políticas de Trump en términos de reforma fiscal, en términos de pleno empleo, de enfrentarse a China, la denuncia del tratado con Irán... todas esas cosas son activos muy poderosos para un conservador norteamericano.

Si viviera allí, ¿se sentiría un conservador norteamericano?

Si yo fuera norteamericano estaría más cerca del Partido Republicano, que es el partido en realidad que hace los Estados Unidos. El Partido Demócrata está semidestruido. El problema que se va a plantear si Trump es reelegido es qué ocurre con el Partido Republicano, que es la base y el corazón de la sociedad norteamericana. Y esta es una incógnita abierta muy importante.

La pregunta es: ¿los Estados Unidos van a querer seguir defendiendo el orden liberal en el mundo del futuro desafiado hoy por autoritarismos vengan de Rusia, de China o desafiado también por la revolución digital? ¿Los Estados Unidos van a querer seguir o no? Esa es una pregunta que sólo su planteamiento expresa una crisis muy grave.

Rezuma pesimismo. En su libro habla del "desdén con el que se trata hoy en EEUU a los que se dedican al pensamiento estratégico". Da la impresión de que se incluye a sí mismo.

Cuando pasas de analizar informes estratégicos y de dar la batalla de las ideas a la simpleza de los mensajes de Twitter, estás siendo la expresión de lo que tienes.



Aznar en su despacho de la Fundación Faes, donde tuvo lugar la entrevista. Foto: Silvia P. Cabeza

Entonces cree que Trump es un populista.

Trump es un populista, sí, sin ninguna duda.

¿Qué ha pasado en EEUU para que un populista llegue a la presidencia?

Unas élites republicanas conformistas y un Partido Demócrata con un discurso de perdedor. El discurso de la identidad: hago un discurso para este grupo, otro para este grupo, otro para este. Y las políticas identitarias son letales. Es una de las graves enfermedades del mundo de hoy y son las que son fuentes de inspiración para los populistas en todas partes.

¿Ve usted alguna figura en el panorama político norteamericano que pueda suponer una recuperación de los ideales del atlantismo y una política exterior más adecuada?

EEUU tiene capacidad para generar liderazgos. Pero ahora están concentrados en lo que están: la batalla va a ser quién gana en noviembre y la política norteamericana se puede enconar si ganan unos u otros.

Usted es, al mismo tiempo, un europeísta y un beligerante detractor del federalismo europeo. ¿Qué modelo de construcción de Europa puede haber, una vez que existe la moneda única, sino el federal?

Creo que Europa es la cooperación de Estados nacionales y hay que respetarlo. La federación al final es crear una entidad supranacional que elimina las entidades nacionales. Y eso es en gran medida lo que se discute con el brexit.

Si la moneda es única, ¿no debe haber una política fiscal única?

No tiene por qué haber una política fiscal única, tiene que estar coordinada. Y eso ya existe. No nos engañemos: yo digo que hay unas reglas y hay que respetarlas. Pero no soy partidario de tener un presupuesto de la zona euro ni un ministro de finanzas para la zona euro. Sí soy partidario de establecer los mecanismos que exijan que los países cumplan las reglas.

Los límites presupuestarios condicionan la política económica en sentido amplio. ¿No cree que si Bruselas tiene la última palabra sólo democratizando más Europa conseguiremos que la opinión pública lo acepte?

Uno de los éxitos de España ha sido su europeización y su atlantización. El 60% de las normas que se aplican en España procede de derecho europeo. Pero hay otros temas, como la fiscalidad, que depende de nosotros. Y ese es un elemento de soberanía absolutamente fundamental.

Yo creo que la reflexión que tienen que hacer los Estados es decir: yo tengo unos costes esenciales en educación, sanidad y pensiones que se llevan casi el 90% de mi presupuesto. Y luego hay que atender todo lo demás. Entonces, ¿cómo puedo incentivar unas políticas que produzcan un mayor crecimiento? Pongo un ejemplo: la etapa de mayor prosperidad en la historia de España afortunadamente la presidí yo. ¿Cuáles eran las reglas de oro de esa etapa?

Estabilidad y disciplina presupuestaria por encima de todo, bajada de impuestos, reformas y liberalizaciones. La receta está ahí, otra cosa es que políticamente se quiera aplicar.

Aquí todo lo que escucho ahora son propuestas de más, más y más gasto. Si es que no es eso: necesitamos más crecimiento. No hace falta subir los impuestos, hay que ensanchar la base de los impuestos, que haya más contribuyentes en España, y de eso es de lo que se tiene que preocupar usted. Lo demás son tonterías, es pasto del populismo en el que puede caer la derecha y en el que puede caer la izquierda, el centro y todos. Porque el populismo es contagioso, transversalmente, hacia todos los lados. Es como la peste.

En su libro hay reflexiones de fondo sobre las grandes innovaciones que estamos viviendo y apunta que una asignatura pendiente es convertir en hecho impositivo transacciones virtuales. ¿Cómo se aborda este desafío?

Es un mundo en gran medida sin regulación, y digo que ese mundo puede ser muy interesante pero tiene que estar regulado. Y es uno de los cambios políticos que se han producido en los últimos tiempos. Cuando yo salgo del Gobierno, Internet no era nada. No existía Amazon ni Alibaba. No existía Twitter. El cambio se ha concentrado en tan poco tiempo que sobre esas cosas hay que hablar.

Yo lo explico de una manera muy gráfica. Imaginemos que está ahí el mapa del mundo. ¿Qué hay en el mundo de hoy que no esté en ese mapa? Pues hay prácticamente otro mundo que no lo encuentras en el mapa y que, en gran medida, está fuera de control para todo y genera un mundo de gran irresponsabilidad. Esa es una de las consecuencias más negativas, y más perjudiciales para nuestra democracia, de la revolución digital e Internet.

Usted recupera a ese respecto un concepto de Fukuyama. Es verdad que se ha dado por refutada su teoría sobre el fin de la historia. Pero, sin embargo, es posible que haya emergido como sujeto un nuevo tipo de ser humano que él define como "hombre posthistórico".

Hablo de eso en el libro. Es posthistórico cuando no hace valer su historia, su tradición, su cultura, sus ideas. Vive en la ligereza y la irresponsabilidad. Ese es un mundo peligroso. Por eso se mantiene esta casa (Faes), que está dedicada a las ideas. Creo que en el mundo del futuro esa va a ser la clave: la batalla de las ideas y la cuestión cultural. Eso va a marcar enormemente las diferencias. No podemos vivir en el mundo de la irresponsabilidad porque es un mundo condenado.

Subraya esa paradoja: el algoritmo es el producto más depurado de la razón humana pero también el mecanismo que termina supeditando la razón humana a la profecía autocumplida de quien parece que tiene que comportarse como consumidor en función de un modelo.

Es enormemente peligroso. Y todo el desarrollo de la inteligencia artificial que va a provocar tantos cambios tiene mucho que ver con eso. Al final, el libro es un intento de entender lo que pasa.



José María Aznar durante la entrevista con EL ESPAÑOL. Foto: Silvia P. Cabeza

ENTREVISTA CON EL EXPRESIDENTE DEL GOBIERNO (III)

Aznar: "La indexación de las pensiones con el IPC dinamita el sistema"

"No hace falta reformar la Constitución para devolver competencias al Estado"

"El PNV ha pactado con los representantes de ETA una solución confederal para acabar con España"

"España es un país encallado: la última reforma que se hizo fue la laboral hace cinco años"

8 octubre, 2018

[Pedro J. Ramírez](#) [Ana I. Gracia](#)

José María Aznar (Madrid, 1953) habla de la Constitución como "fuente de soluciones, no de problemas". Por eso no tocaría ni una sola coma de la Carta Magna, tan cuestionada en la actualidad. También defiende que diputados y senadores mantengan los aforamientos y refrenda el papel que desempeña el Senado. A su juicio, los líderes políticos que se prolongan en el tiempo "acaban mal. Todos". Y piensa, como le advirtió su mentor, **Manuel Fraga**, que no hay proyecto político acabado si no dura diez años. Por eso, en el plano teórico, se muestra partidario de alargar las legislaturas un año más, hasta los cinco años, y limitar por ley los mandatos presidenciales a una década.

Entrevista con José María Aznar, ¿hay que reformar la Constitución? Carmen Suárez

En esta nueva era donde se habla tanto de reformar la Constitución usted se muestra partidario de reafirmar los principios de la España constitucional. ¿Qué artículos cambiaría y qué añadiría?

No reformaría la Constitución. Ahora no.

¿Ni siquiera para devolver competencias al Estado?

Es que no hace falta reformar la Constitución para devolverlas. Hay artículos en la Constitución que se ha dejado de hablar de ellos. Yo creo que la Constitución es fuente de soluciones, no de problemas. Lo que no se puede decir es que en la Constitución cabe todo porque no; cabe lo que dice la Constitución, que ya es bastante. Pero no soy partidario de entrar en un proceso de reforma constitucional. Al contrario, creo que es contraproducente.

¿Qué le parece que Albert Rivera plantee una revisión del sistema autonómico para eliminar las diferencias entre regiones?

Tiene que explicar qué es exactamente lo que quiere decir. Yo soy partidario de una nación con ciudadanos libres e iguales, pero también es verdad que la historia de España es una historia de éxito hasta la deslealtad secesionista. El cambio del país ha sido espectacular. Estoy absolutamente de acuerdo con que no haya privilegios, con que los ciudadanos sean iguales ante la ley, con potenciar la Nación española y con garantizar la solidez del Estado más allá de su esqueleto. Yo creo que Rivera, en esos planteamientos, traduce una imagen sólida de la misma posición política.

¿Es el PNV el partido más influyente de la política española?

Es un partido determinante que pacta con los representantes de ETA una especie de solución confederal para acabar con España. Ahí estamos.

Usted eligió voluntariamente no presentarse a un tercer mandato. ¿Deben limitarse los mandatos de los presidentes del Gobierno?

Yo me autolimité, fue una decisión personal. Pero no soy partidario de establecer una autolimitación obligatoria porque vivimos en un sistema parlamentario. En cambio, sería partidario si las legislaturas fueran un poco más largas. Diez años es el tope. Por eso ampliaría las legislaturas a cinco años y limitaría los mandatos a dos legislaturas. Es verdad que supondría reformar la Constitución y, como digo, no soy partidario de hacerlo ahora.

Entonces le faltaron dos años para culminar su proyecto político...

Eso es lo que decía Manuel Fraga, que no había proyecto político acabado que no durase diez años. Por eso él quería que yo siguiera. Pero yo digo que entre que se llega, se crean los gobiernos, se ponen en marcha... pero lo máximo son diez años. A partir de los diez años empiezan las resistencias en los líderes políticos. Y por eso los líderes políticos que prolongan demasiado en el tiempo sus mandatos acaban todos mal. Todos.

Se creen que el mundo no puede circular sin ellos y no comprenden qué pasa. Todo sale mal, porque te conviertes en un factor de resistencia. La política es escuchar y vas perdiendo facultades. La política es atender y pierdes capacidad de atender. La política es estar en contacto con la gente y empiezas a perder esa facultad.

¿A usted empezó a pasarle en la segunda legislatura?

Al final. La política es paciencia, y empiezas a perder la paciencia.

¿Qué quiere decir al final?

Que es un proceso. Desde un punto de vista personal y político estaba en el mejor momento de mi vida. Pero quiero decir que es un proceso. Cuando tú llegas a la dirección de un periódico de joven estás en todo; cuando ya eres más veterano estás concentrado en un número más limitado de asuntos. Y, por lo tanto, no estás en todas las cosas.

A mí me pasó un poquito lo del "pato cojo" a partir de septiembre u octubre de 2003, pero eso es inevitable. Pero el pato se movía, eh. *(Risas)*.

¿Qué haría con el Senado? ¿Necesita un cambio radical? ¿Lo trasladaría a Barcelona?

No creo en esas cosas. Al Senado se le puede dar más funcionalidad, pero tampoco cambiaría muchas cosas. El estudio que hizo el Consejo de Estado sobre la reforma constitucional es el estudio más interesante que se ha hecho.

Usted votó en contra.

Sí, pero porque estaba en contra de que se reformase la Constitución. Pero hice una advertencia especial sobre el Senado. Porque todo lo que se dice que hay que descentralizarlo más, hay que abrirlo más, no es verdad. ¿Cuántos partidos hay en el Congreso? Si además de todos los partidos que hay, se meten más en el Senado... no, no, no. Déjenlo estar. Utilícenlo funcionalmente mejor; y se me ocurren muchas cosas que se podrían hacer.



Aznar, en su despacho de la Fundación Faes, donde tuvo lugar la entrevista. Foto: Carmen Suárez

¿Deben perder los políticos los aforamientos?

Me sorprende que, de un día para otro, se pueda plantear una reforma constitucional para eliminar los aforamientos, sin contar con nadie. Eso no va a ningún sitio. Ahora, yo no creo que los aforamientos sean un privilegio para los congresistas y los senadores. En absoluto. Creo que es un elemento absolutamente correcto, teniendo en cuenta la responsabilidad que tienen. Otra cosa es limitarlos en otros ámbitos, pero no en la representación de la soberanía popular o en los espacios especiales que puedan afectar a Fuerzas Armadas, Guardia Civil, Policía Nacional.

Si no hubiera existido el aforamiento, Pablo Casado habría sido imputado y hubiera sido una situación muy difícil para él por la presión de la opinión pública.

Por ejemplo. Este es un caso de la utilidad de un aforamiento. En un Estado de derecho, el equilibrio de poderes consiste en que los poderes se ejerzan y se equilibren, pero si se desequilibran empieza a haber problemas muy serios. Y en España hay una dejación de la responsabilidad política muy grave por parte de los dirigentes políticos, lo cual no deja de asombrarme.

En su libro critica abiertamente el sistema de primarias y dice que "no hay experiencias que las aconsejen". ¿Rajoy se equivocó al elegir a su sucesor de una manera completamente contraria a lo que hizo usted? ¿El dedazo es más democrático?

Tiene su legitimidad, pero lo que yo digo es que no creo que haya que establecer obligatoriamente ese sistema. Cuando oigo que todos los partidos tienen que establecer un sistema de primarias... ¿Por qué? Los partidos elegirán el sistema que les parezca oportuno. O la mesa camilla, o primarias, o una consulta, o una votación o simplemente que lo elijan los representantes. Pablo Casado ha sido elegido así, pero eso no quiere decir que a mí el procedimiento me parezca el más deseable ni el más aconsejable.

Una de las cosas que ha dejado en evidencia el sistema de primarias es que los censos de los partidos políticos están completamente inflados. ¿Cómo se cura esa desafección entre la sociedad y la clase política? ¿Por qué los ciudadanos ya no quieren saber nada de los políticos?

Pues como todos los censos, de vez en cuando hay que depurarlos.

¿Modificaría la ley electoral?

No me parece imprescindible, porque con esta ley electoral España no ha tenido problemas de estabilidad. Otra cosa distinta es que alguien diga que hay que hacer una reforma electoral para favorecer a los partidos pequeños... Lo que hay que tener es una ley electoral que funcione.

En la práctica, la actual ley electoral favorece y propicia el papel arbitral de los partidos nacionalistas que luego se hicieron separatistas.

Ese es otro tema en un planteamiento general. Si se piensa en el futuro se puede decidir cuál es la ubicación de los partidos nacionalistas. Por ejemplo, usted necesita un umbral de tanto para entrar en el Congreso o usted va a otra Cámara que es el Senado. Esa es una posibilidad perfectamente abierta y discutible.

Digo que mecánicamente la imputación a la ley electoral de los males que se producen en la política española no me parece realista. Los partidos tienen responsabilidad, pero la ley electoral no la tiene: ha dado mayorías absolutas, ha dado una estabilidad muy grande. Hasta hace poco ha dado cinco presidentes en prácticamente 40 años. No está mal.

Pero cuesta entender el concepto que defiende de que España es una nación de ciudadanos libres e iguales cuando el voto de los españoles vale muy distinto según en qué lugar voten.

Eso es la proporcionalidad pura que no existe en ningún sitio porque ningún sistema electoral es perfecto. Estaremos de acuerdo en que nosotros somos seres humanos sujetos a la imperfección. En todos los terrenos. No hay sistema electoral perfecto, no hay sistema de justicia perfecto, no hay sistema de gobierno perfecto. Los habrá mejorables pero perfectos no los hay.

Habla también en su libro de que hay determinados temas tabú como los que se refieren a la falta de control de la universidad pública... ¿Por qué en España sigue gustando aparentar ser más de lo que se es?

Porque somos así.

No habrá copiado usted ninguna página de su libro.

No, no. España necesita crear ídolos para derribarlos enseguida. Somos iconoclastas en ese sentido. Hay unas ciertas tendencias a intentar aparentar lo que uno no es. A mí siempre me pareció absurdo.

Otra cosa distinta es el concepto del contribuyente, que yo siempre lo tuve. La primera medida que nosotros aprobamos fue el estatuto del contribuyente, que respondía a un proyecto: vamos a ser muy exigentes con el contribuyente pero vamos a hacer de España un país de contribuyentes.

Cuando se habla de las universidades, de su calidad y de su rendimiento, qué cosa más normal sería decir: vamos a hacer una reflexión sobre el funcionamiento de las universidades. Yo no lo he visto. Me parece muy bien el tema de la autonomía de las universidades. Aquí todo el mundo quiere ser autónomo. Pero las universidades las mantiene el contribuyente. Por lo tanto, no soy partidario de que las universidades no den cuenta a los contribuyentes.

Pongo otro caso. Acabamos de ver una reunión del Pacto de Toledo que aprueba volver otra vez a la indexación de las pensiones con el IPC... ¿Pero cómo se puede decir eso? Eso dinamita el sistema de pensiones. Otra cosa distinta es que reflexionemos seriamente en cómo podemos resolver el tema de las pensiones y cómo afrontarlo en el futuro. Lo que se está haciendo ahora es poner bombas de relojería con tiempo limitado en el sistema de

pensiones. Y dentro de diez años cuando no haya dinero para pagar las pensiones, ¿qué se va a decir? ¿Que no se hizo lo que se debía hacer?

¿A usted le va a pillar la subida del tramo marginal del IRPF?

Los datos fiscales son privados excepto cuando algunos los hacen públicos. Aunque a mí también me los hicieron públicos. Pero son privados y yo mantengo esa confidencialidad. Me parece un grave desacierto la subida de impuestos. Todas estas cosas en la actual situación política son inabordables, no se pueden abordar. Mientras no afrontemos el tema del que hemos hablado al principio estos temas son inabordables. Y por eso España es un país encallado o atascado.

En España no se hace una reforma desde hace cinco años. La última fue la laboral. Y lo que se intenta va en sentido negativo. Y es una pena porque hoy habría una gran oportunidad.

Habla bastante en el libro sobre el liderazgo y en la página 124 dice textualmente: "El saldo histórico del verdadero liderazgo suele ser bueno para el país pero malo para el líder". ¿Habla de sí mismo?

A ver, repítame...

"El saldo histórico del verdadero liderazgo suele ser bueno para el país pero malo para el líder". Eso es lo que usted dice.

Si es bueno para el país, es bueno para el líder.

¿Es el subconsciente que le ha traicionado?

No soy partidario de los personalismos y he dado ejemplo de ello.

Pero, ¿considera que la sociedad española de hoy está siendo justa o injusta con su aportación?

No tengo ninguna queja, sino todo lo contrario. Puede haber algún momento en el cual se paga un precio alto por el ejercicio del liderazgo. Pero si es bueno para el país, se paga. Eso se puede producir. Otra cosa distinta es que en el capítulo de reconocimiento vital, yo a la sociedad española no tengo nada más que darle gracias por las oportunidades que me ha dado.

¿Por qué cuando hay sondeos de popularidad de expresidentes siempre queda por abajo?

Porque no me dedico a la popularidad y no me importan nada los sondeos. Yo tengo fama de no ser simpático, pero es una fama injusta.

¿No se siente más respetado que querido?

Probablemente es así. Pero a estas alturas de la vida ya no lo voy a cambiar.